

Vientos de Guerra, Aires de Libertad

La novela *Vientos de Guerra, Aires de Libertad*, cuyo autor es Jaime Aragón, está basada en hechos reales ocurridos en distintos pueblos de la provincia de Cádiz durante la Guerra de la Independencia, tanto en lugares ocupados por los franceses como en los que permanecieron fuera de su dominio. Aunque desarrollada en dicha provincia, tiene carácter general ya que los hechos que se relatan pudieron haber ocurrido en cualquier otra parte de España, salvo los que se relatan en tierras de las islas gaditanas, único espacio que quedó libre de la invasión francesa, lo que le confiere unas prerrogativas de Novela Histórica con mayúsculas.

Puede considerarse que el autor trata hacer una denuncia de los desastres de la guerra, amparándose en el azaroso viaje que realiza el protagonista de la obra, Santiago de la Vega, a lo ancho de la provincia en comisión para proteger los intereses de unos hermanos huérfanos y dueños de unas propiedades que heredaron en Arcos de la frontera.

Santiago de la Vega es vecino de Conil de la Frontera e hijo de Antonio de la Vega, arriero, y de María Gámez, y que con la ayuda del padre Camelo, su tutor, estudió en Sevilla la carrera de derecho, no pudiéndola terminar debido a la intempestiva muerte de su padre. Vuelto a Conil, se colocó en el Ayuntamiento de la ciudad como curador a las órdenes del corregidor don José Moreno Pacheco, quien lo comisionó a Arcos de la Frontera a inspeccionar el Cortijo de los huérfanos. El empleo de *curador* del protagonista no solo es una colocación como funcionario del Ayuntamiento sino que da título a la novela creando una anfibología por el escaso uso que en la actualidad tiene la palabra.

Se trata de la historia de Santiago en cumplir la comisión encomendada y llevando al mismo tiempo una misiva del teniente Lafon al comandante de Arcos, coronel Vinot. Debía defender los intereses de los huérfanos en Arcos, cuyos padres murieron de la fiebre amarilla. Para hacer el viaje, cuya ruta normal sería llegar a Tres Caminos y en galera, hasta Jerez y de aquí a Arcos, pero optó por otro camino más largo al creerlo más seguro pues la ruta prevista estaría plagada de franceses.

Desde que inició el viaje vive y sufre nuestro protagonista los estragos de la guerra: enfermedades, muertes, robos, violaciones, incendios, hambre y desolación. Al llegar a Paterna, vio a unas mujeres junto a la tapia del cementerio, quienes lloraban a tres reos que habían sido ejecutados por un pelotón de fusilamiento.

Cuando llegó a la Junta de los Ríos, una pedanía de Arcos, llamada así por estar en el lugar de encuentro del arrollo Garganta del Valle con el río Guadalete, vio a un niño de corta edad que se estaba ahogando y al tratar de salvarlo, su caballo, Darío, se partió una pata resultando herido el propio Santiago. La familia del niño, humildes campesinos, le curaron y prestaron un caballo para que pudiera seguir el viaje. Posteriormente se entera que esta familia había ahorcada por los franceses pues habían matado a unos soldados que habían violado a una de sus hijas, escondiendo los cadáveres tras una falsa pared. Finalmente, son descubiertos y todos los miembros de la familia fueron ejecutados.

Llegado a Arcos se instala en una posada a cargo de Pedro y de su mujer Mariana, y de sus hijos, Alfonso y Mariano y una hija llamada Catalina. Los padres fueron muertos por los soldados al descubrir éstos que los varones se habían echado al monte para unirse a la guerrilla. Pero antes, Santiago se enamora de Catalina y le promete volver para casarse una vez que hubiera cumplido el encargo.

En su camino al cortijo de *Albarianes*, fue interceptado por unos guerrilleros, que resultaron ser los hermanos de Catalina preguntándole por cómo se encontraba la familia. Cuando llegó al cortijo, no quedaba nada, todo estaba medio abandonado y casi en ruinas, debido a los continuos saqueos de soldados y delincuentes. Cuando se despidió de los obreros del cortijo para volver a Arcos, fue nuevamente interceptado por los guerrilleros quienes le obligaron a seguirles a su escondrijo y ponerse a disposición del jefe, don Gaspar Tardío. Estando allí, vio a su antiguo caballo, Darío, en poder de uno de los guerrilleros quien le contó la suerte que había corrido la familia de la Junta de los Ríos.

Avisados los guerrilleros de que volvía el regimiento francés que había saqueado y asaltado el pueblo de Montellano, donde su alcalde don José Romero se había levantado en armas contra el intruso, y sabiendo los franceses que se había refugiado en Algodonales, a donde se dirigió el general Maransin al frente de una división para capturarlo y, resistiéndose el pueblo, fue quemado y saqueado convirtiéndolo en un cementerio.

No habiendo podido la partida socorrer al pueblo se baten en retirada y tras muchas vicisitudes, llega Santiago a Arcos, enterándose entonces de la muerte de los padres de Catalina y la desaparición de ésta. Ofuscado por encontrarla, se dirigió a Jerez, donde conoció al bodeguero don Prudencio Serralvo, un patriota que ayudaba ejerciendo el espionaje en aquella ciudad. Después se dirigió a El Puerto, donde es ayudado por el fraile Martín de Porres, corriendo algunas aventuras junto a él, tanto en El Puerto como en Sanlúcar, adonde acudió al saber que un campesino había matado, tras emborracharlos, a varios soldados que pretendían violar a su mujer y a su hija. Aquí se entera, por medio de don Plácido, cuya hija intimó con Catalina, de que ésta intentaba ir a la Isla de León para entregar un mensaje al duque de Albuquerque, pero sin saber qué medio emplearía para cumplir su encargo.

Santiago se dirigió a Puerto Real, pueblo que evitó por estar lleno de franceses, dirigiéndose a Chiclana, donde fue recogido en la casa de doña Frasquita Larrea, quien le propició el trayecto a la Isla de León con la ayuda de unos milicianos conocedores de los caños. Ya en la Isla, conoce al salinero don Cristóbal Sánchez de la Campa, cuya familia se había alistado en el cuerpo de escopeteros salineros, y a don Diego de Alvear, destinatario de la nota con la información que traía Catalina. Dicho personaje, gobernador político y militar de la Isla y héroe de la defensa de ese punto, le muestra, en agradecimiento, el sistema defensivo del caño de Sancti Petri. También conoció a un muchacho llamado Pelele, quien le enseñó toda la ciudad y la aglomeración de forasteros que padecía.

Ya en Cádiz, Santiago se aloja en la casa de su tío Manolo, cocinero del convento de El Carmen y Mayordomo de la hermandad del mismo nombre. Después de muchos días de búsqueda, encuentra a Catalina, quien había estado enferma de fiebres y socorrida por las hermanas carmelitas, cuyo convento lindaba con el de los frailes. Después de la consiguiente alegría por el reencuentro, viven en Cádiz el traslado de las Cortes a aquella capital y la promulgación de la Constitución así como la aglomeración que se vivía en la ciudad.

Una vez terminada la guerra, Santiago es colocado como tenedor de cuentas en una empresa consignataria de buque de la familia de doña Rosario, señora que conoció en Arcos y cuyo marido fue linchado por el populacho al saber éste que colaboraba con los franceses. Vuelto a Conil, es encausado por el juez Biscasillas, quien de oficio, levantó causa contra el corregidor y regidores de la villa por su colaboración con el ejército intruso, quedando finalmente absuelto. Al volver a Cádiz, Santiago y Catalina, con sus hijos, empiezan una vida normal y sencilla, tratando de olvidar los desastres de la guerra.

Es de destacar las descripciones que hace el autor de los paisajes, de las posadas, de los viajes, de las iglesias, bodegas, de las viviendas, etc. coplillas y costumbres de la época, así como de los personajes, vestidos y forma de vida tanto de la alta sociedad como del más humilde campesinado. Trata de profundizar en el interior de sus conciencias y cómo cada cual defiende su postura ante la invasión según su patriotismo o intereses. Asimismo, puede observarse en el transcurso de la novela la metamorfosis que sufre el protagonista, pasando de su inicial agnosticismo ante la religión, la política y la guerra a un patriotismo entusiasta motivado por la visión de los males de la guerra y al observar cómo, frente a quienes dan su vida por la patria, otros se aprovechan de la guerra para su enriquecimiento.

En resumen, Santiago se encuentra con personajes viles, soldados crueles, comerciantes avariciosos, pero asimismo con personas generosas que le ofrecen su amistad y también encuentra el amor, amor que pervive con toda su fuerza a pesar de los desastres de la guerra.